

## HÉCTOR FUENZALIDA

# VIAJE RETROSPECTIVO

---

### I

A CONSECUENCIA de las huelgas de septiembre de aquel año, Américo Chávez vivió confinado durante tres meses en una isla de pescadores. A su vuelta, mediante infinitos esfuerzos, consiguió graduarse, y empezaba a recobrar su optimismo, cuando su madre tuvo una fuerte nefritis y murió un día de marzo en que, como un presagio de un invierno prematuro, se había ennegrecido el cielo. Un gran decaimiento se apoderó de su ánimo.

En la casa, muy triste después de la partida de los parientes, quedaba el hermano, comerciante en vinos, de agria y pesada humanidad; su mujer bondadosa y sencilla, al límite de la puerilidad, y una media docena de sobrinos voraces y bulliciosos como gorriones. En el ocio, se sentía allí aislado, maltratado por aquellos chicos, secretamente perseguido por ideas filiales y deprimentes y, cansado de las cosas que veía repetirse a diario, aceptó la oferta de unas clases de alemán en un lejano liceo de provincia, allá en su ciudad natal. Vendió sus libros para adquirir un grueso abrigo y partió llevando una colección de clásicos y un principio de dispepsia nerviosa.

Iba por descanso. En el viaje ya sintió que su mente y su corazón se despejaban. Todo le recordaba la infancia: el paisaje, las casas de los pueblos que el tren cruzaba. Era como volver a un pasado. Era como un viaje retrospectivo.

Después de rodar bulliciosamente una noche y una mañana, el tren lo dejó en el pueblo. Era el mismo de antes, era el mismo pueblo tranquilísimo, con claras avenidas, perros vagabundos y tres iglesias de madera y hojalata... En las mañanas, las fuertes criadas, cantando, sacudían las alfombras de choapinos, volcando el canto y el polvo sobre la acera. Tras los vidrios de las ventanas veíanse niños rubios y tristes. En la calle la gente

vestía reciamente como pioneros; se veían sonrisas, malos gestos; gente muy rubia, gente morena; unos humos distantes, unas chimeneas sobre el cerro; a lo largo del malecón, grandes franjas con enormes letras: bodegas, almacenes. Al sur la vista se extendía por el largo estuario; al norte chocaba con la masa oscura del monte, siempre húmedo y verde como una gruta. Deambuló y trabó amistades. En la primera oportunidad, se presentó en el liceo e inició, sin interés, las clases de alemán.

Dormía y bebía. En el otoño hacía ya un frío intenso. En las tardes, sentado en la galería de las tías Izurieta, dos viejas amigas de su madre, dos solteronas (Fernanda y Lucrecia), que le hospedaban, le agradaba filosofar para la sobrina de éstas, Amelita, una muchacha grandulota, con los dientes algo salidos, sujetos por un freno de oro, seria y gorda. La chica detestaba el pueblo en que vivía y de él no tenía otro recuerdo agradable que su paso por la *Deutsche Schule*. Hablaba el alemán.

Amelita, con unos lindos ojos miopes, en esa edad en que no son ni feas ni bonitas, ni desagradables ni atractivos, le escuchaba sonriendo con incredulidad. Largos trozos de la charla, conversaban en alemán. En la tarde se oía el murmullo de la marmita de té y Américo sentía también en su pecho un agradable burbujeo de sensaciones. Le agradaba charlar con ella.

Pero llegó el invierno, el verdadero invierno; el clima, insoportable, empezó a hacerle daño y, junto con sentir que decaía, aquella charla se hacía triste y difícil. Ella se distraía y le pedía consejos cómo dejarse el cabello, si suelto o atado sobre la cabeza en forma de diadema. El cabello le estorbaba. Se creía fea. No hallaba qué hacer con los dientes y el pelo. Además sufría, sufría ocultamente de ese mal que consiste, para algunos provincianos, en hallar un poco inferior a la gente del pueblo, cuando vuelven de la capital. Amelita vivió largo tiempo allá. Su mal era cierto. Tenía arraigo en un antiguo rencor con la gente del pueblo. Hacía diez años, cuando tuvieron que volver al pueblo, después del abandono del padre, la gente creyó en un principio que su pobre madre había hecho un matrimonio de pega y que, ahora, sufría las consecuencias de su conducta. Amelita no lo podía olvidar.

Después murió el abuelo. Las tías empobrecieron. Mamá también murió de pena, de odio tal vez. Del padre no se sabía nada, era un vagabundo. Amelita ingresó a la *Deutsche Schule* y allí vio aprendiendo a hacer tortas y dulces de almíbar. Tenía, ahora, unos grandes deseos de vivir. Pero las tías eran muy estrictas guardadoras. Le exigían un trabajo extenuador para distraerla y ahogarle sus deseos.

Cuando Amelita creció, las muchachas que se educaban en la *Deutsche Schule* empezaron a tratarla y a hablarle de sus proyectos para el porvenir. Eran muchachas ávidas, vivas, despiertas. La mayoría tenía novio y conversaban alegremente de sus pequeños enredos. Y ella, que nada tenía, la más seria, era la confidente obligada. Pero no podía tener ningún entusiasmo por las cosas que preocupaban a sus amigas. Se inclinaba al lado profundo de la vida.

En la casa, cultivaba el jardín; era experta en hacer el *Eierkuchen*. Buscaba un novio mayor, que fuera su padre. Y muy católico. Lo hubiera preferido del campo, con unas buenas tierras. Y sus deseos se cumplieron en cierta medida porque cuando tuvo quince años, vino un tío a su casa, un tío que no aparecía sino algunas veces, un tío rico, gordo, malicioso, que se llamaba tío Enrique.

Aquel tío llevaba sus escasos cabellos como un enrejado sobre la cabeza y se paseaba por los corredores de la casa hablando de negocios, mientras fumaba un cigarrillo muy oloroso, metido en una larga boquilla de nácar, afirmaba la diestra en la cadera, orgulloso de sus anillos de brillantes, de sus dientes de oro, de su bigote de granadero. Era rico y había costeado, secretamente, como un negocio de estado, su educación en la *Deutsche Schule*.

Tío Enrique permaneció unos quince días en casa. Venía de la capital con una misión secreta: finiquitar un negocio de madera con la firma Salinas, Schulze y Co. y solicitar la mano de Amelita. Era viudo ya de dos mujeres ricas, que habían contribuido a aumentar su fortuna. Tía Fernanda y tía Lucrecia anduvieron buscando retratos en unos viejos álbumes. Lloraban y reían de felicidad y secreto rencor. ¡Juzgaban un poco prematuras las intenciones de tío Enrique! La muchacha apenas alcanzaba los quince años y con lo crecida que era, tenía ese aspecto indefinible, confuso, de las naturalezas no conformadas con el crecimiento excesivo. Sufría anemias, hemorragias, dolores de cabeza: era "el vivo retrato de su madre". Hasta que no pasara ese estado de crecimiento, no era posible el enlace... Tío Enrique conocía esas hemorragias, esos dolores de cabeza, sonreía golosamente y aceptó la prórroga. Poniéndose en pie exigió, sí, una condición: desde entonces era el novio oficial de la sobrina. Había que vigilarla. Amelita no sabía de estos secretos convenidos. Pero tío Enrique, comenzó a asaetearla con misivas, en un papel con membrete (Gran Barraca y Picaduría de Leña "La Estrella"), y la colmaba de regalos.

¿Qué pensaba ella? En sus contestaciones, ni afirmativas ni negativas, había como la fatalidad de un fin preconcebido.

Hubo un cambio visible en ella.

Antes, cuando Amelita hablaba, movía extraordinariamente los ojos y la boca, proyectando su fisonomía en un esfuerzo morboso de la atención. Conversar con ella era algo difícil. Preguntaba por la salud de sus vecinos, informándose minuciosamente de los pormenores domésticos de la vida.

Ahora había como un misterio en su conducta, un misterio que crecía a medida que se hacía mujer. Si la galanteaban, bajaba al punto los ojos y no respondía, como si ocultara algo imposible de explicar, algo que la hacía un ser superior en su desgracia. Si insistían en galantearla, aquellos ojos, de una miopía casta, se hacían duros, firmes, obligando al impertinente a sonrojarse y toda su fisonomía tomaba un aspecto terrible. En esos momentos era fea, en esos momentos era la novia oficial de tío Enrique.

## I I

AMÉRICO CHÁVEZ se daba vueltas en la pieza. El invierno avanzaba, llovía incesantemente. El río apenas se distinguía entre la niebla y parecía agrandarse confusamente, como una gran mancha helada de azogue. Se hablaba del peligro de una inundación que arrasaría la planta eléctrica. La vida se hacía insoportable. No se podía vagar. Se bebía. Se comía. Se jugaba a los naipes. Se iba a un cinematógrafo grande y destartado como una barraca. Las estufas ardían consumiendo leña húmeda traída del bosque en carretas de dos varas arrastradas por pequeños bueyes jadeantes. Se oía pasar un transeúnte que cantaba. Se escuchaba una tos en el cuarto vecino. Y en las noches, apenas se apagaba la luz, se creía oír en la distancia el ruido del mar embravecido contra las rocas.

En la mañana, Petronila, la criada, le golpeaba la puerta con el desayuno humeante.

—¿Cómo ha pasado la noche, señor? La señorita Amelita le ha preparado estas tostadas con miel.

Aquellas tostadas estaban exquisitas. A cambio de aquellas tostadas, Américo le fiaba, secretamente, por intermedio de la criada, algunas novelas... Las críticas de ellas, eran siempre invariables: "Un poco latosa"... ¿"Por qué lee Ud. libros tan raros?"... "Estaba tan aburrida que leí hasta el final"... La lectura clandestina, la impulsaba a hacerle confidencias. No se encontraba parecida a ninguna de las mujeres de las novelas. Pero leía con provecho y con avidez, esperando siempre un desenlace que no encontraba. El, ahora, gozaba de un secreto placer. Aquellas confidencias, desli-

zadas siempre miedosamente, le permitían tomarle las manos, galantearla. Había un vínculo nuevo, peligroso, que lo autorizaba a ello.

Empezaba también a afligirle la inutilidad de su labor en la enseñanza. Realizaba su pequeño trabajo sin agrado, procurando emplear el menor esfuerzo, convencido de la infructuosidad de su tarea. La mayoría de los alumnos eran campesinos. Volverían pronto a la tierra. Y entonces: ¿qué quedaría de aquellas lecciones de alemán? Los rostros eran estúpidos, zafios, con la mirada cargada de algo racial y enfermizo. Había que vapulearlos; pero todo resultaba estéril; vencían siempre ellos, los animales.

Después de las clases de la tarde, los colegas se reunían un momento en una sala desmantelada donde había unas sillas, unos escupitines y una mesa corrida. Cuando la tarde avanzaba, los colegas fumaban, charlaban sobre alguna mudanza del Director General, del cambio de unas notas que habían provocado una renuncia. El profesor de Canto, un hombre de rostro moreno y cabellos ensortijados como un peluquero, de quien se corrían algunas anécdotas picantes, contaba obscenidades. Los demás seguían la partida de ajedrez entablada eternamente entre el profesor de Física y su enemigo irreconciliable, el profesor de Dibujo. De vez en cuando asomaba la cabeza el Rector. Este era un hombre pequeño y delgado, de bigote y chivita, ridículamente vestido con un vestón muy cerrado de corte militar. Era muy puntilloso y cuando hablaba su cara tomaba una expresión angustiosa como si fuera a llorar. Constató que sus colegas no reñían, pero veía con dolor que no se interesaban por la verdadera pedagogía. Les hacía una somera observación sobre alguna deficiencia del servicio y se retiraba antes que empezaran las bromas aturdidoras del profesor de Canto, autorizado para vociferar toda clase de imprudencias. Este solía aparecer en el corredor y gritaba a los inspectores:

—¡Que enciendan la estufa!

Venía un bedel enclenque y atizaba el fuego.

La charla seguía en la tarde. Anochecía. Llovía. Los colegas se dispersaban pensando en la comida y en el sueño.

En la pensión, con el invierno, ocurría algo muy parecido. La gente se solazaba en comer y en conversar, reunida en la galería, al lado de la estufa, motivo central de toda tertulia. La estancia se iba llenando paulatinamente del humo de los cigarrillos y del calor de la estufa. Allí se veía a algún agente viajero que traía noticias políticas; dos horteras, pequeños prestamistas, que hablaban de la crisis; un profesor de baile, tumbador de mujeres; el cajero del banco, un hombre alto, piernudo, que parecía andar

sobre zancos, corto de vista y tardío de oídos, que iniciaba sus frases con un "Es preciso" . . . y no las terminaba nunca. ¿Para qué? No sabía emitir ninguna opinión. Era de una timidez y avaricia enfermizas.

Toda esta gente se saludaba con muestras de vivo afecto, y con un ceremonial muy riguroso, muy estirado.

Las señoras conversaban de sus enfermedades. Celosas de no confiar ningún secreto del alma, hablaban de sus vergonzosas deficiencias físicas con naturalidad. Crispín, el muchacho de los mandados, corría por interminables botellas de cerveza para los caballeros que contaban historias verdes. Toda la gente entraba a este recinto frotándose las manos, renegando del frío. Los pies estaban siempre húmedos. Los zapatos se cubrían de un moho blancuzco. Afuera se respiraba un aire helado, que cuando llegaba a los pulmones, hacía toser con rabia.

A veces había que jugar una partida de póker y como Américo no conversaba con aquella gente y odiaba los naipes, empezó a hallar imprescindible el trato con Amelia. Sin previa autorización de las tías, solía invitarla al cine o atravesaba hasta el segundo patio, persiguiéndola con sus bromas. Pero la muchacha tenía un carácter siempre igual, apagado, silencioso, refractario a la ironía. Era seria, animal. Y cuando la tenía al frente, le chocaba el gesto de sus facciones, como una tortura vaga, indefinible; su boca le atraía, su boca carnososa y movediza. Los ojos le producían espanto. Le parecía llena de decepciones, con una vida irrealizada. Escribía un diario. Le confesó que solía hacer largas cartas, sin motivo, sin dirección, cartas que rompía luego.

El pensaba:

—Es una extraña muchacha . . .

Parecía detestar el amor en sí mismo. Américo oía sus disertaciones, a solas, con la mirada puesta en la lejanía, deleitándose más que del tema de la charla, que hablaran en alemán, lo que les permitía aislarse de los demás. Y así pasaban horas.

Ocurría a veces que la criada les sorprendía a oscuras, ya muy entrada la noche, platicando en la sombra, y se sobresaltaban, cuando, bruscamente, con ademán autoritario, encendía la luz.

Ella tenía que salir un momento a disponer la comida y Américo, si era tarde, empezaba a hacer propósitos de encerrarse en su cuarto. Pero nada de esto ocurría. Siempre se quedaba hasta después esperando que ella volviese.

El tiempo seguía detestable. Terminada la comida, Amelita, de sobremesa,

empezaba a bostezar y ahora él no tenía ningún pretexto para quedarse. Siempre aburrido, desesperado, al pensar en las horas de sueño, salía a recorrer las calles fangosas. Las casas permanecían cerradas; de vez en cuando se veía una lucecilla roja que le pegaba en el rostro. Iba arrastrando sus pasos al puerto. Allí había una vida nocturna, interesante. Descalzos, arrebujados en grandes ponchos de castilla, andaban unos hombres bajo la lluvia al borde del malecón, con un fanal que oscilaba en la oscuridad. La lluvia pegaba duramente, con ímpetu cegador. Se veían los chorreantes bigotazos de algunos mestizos y las duras y barbilampiñas mejillas de los indígenas hendidas por la lluvia. Serían las doce de la noche. Se descargaban algunos faluchos provenientes de los bosques. Había que subir los pequeños toneles cargados de resina vegetal, a brazo de hombre, en medio de la lluvia implacable. Una voz sonaba abajo en el agua y las linternas empezaban a converger. De pronto, en el oscurecido confín, se dibujaba débilmente la silueta de una nueva embarcación. Un hombre hacía semáfora en la proa. Se tiraba un cable y la embarcación llegaba a tocar el cemento del malecón, con golpes duros, mezclados al murmullo del agua en vaivén.

A esa hora partían también, cuando no había temporal, las barcazas de los pescadores para regresar con las primeras luces del alba. Los hombres se entendían por silbidos y era aterrador a veces sentir esos silbidos en la oscuridad barrenando la espesa muralla del agua.

Los silbidos se iban distanciando poco a poco y después se veía oscilar las luces sobre el agua, allá, muy adentro, apenas visibles, apagándose y encendiéndose a merced del oleaje.

Cuando volvía, pensaba profundamente en su madre. Se reprochaba haber sido indiferente con ella, no haber saboreado su ternura perdida para siempre, y, de pronto, se sorprendía pensando en Amelita.

—¡Qué extraña muchacha!

Apenas se estaba frente a ella (se lamentaba Américo), la conversación se hacía seria. Ella tomaba un aire autoritario, imperativo, y no había más que escucharla. Siempre tenía problemas de qué hablar. Y esto la entretenía.

En aquellas conversaciones, le dio a entender que odiaba a sus tías. Por último, una noche, con un ligero estremecimiento, le confesó que "constituían el error de su vida".

—No puedo dejarlas. Morirían. Tengo que envejecer con ellas.

Se lo dijo muchas veces. Américo se replegaba en sí ante estas confidencias. Después de un prolongado silencio, se atrevía a contestarle:

—Ese error no es insalvable.

—¿Cómo salvarlo?

—Alguna vez se ha dicho que su tío . . .

—¡Oh!

La voz de ella se hacía ronca. Suspiraba. No contestaba.

¿Qué pensaba Amelita entonces?

Una tarde, sentados en la sombra, hubo una larga pausa y ella sollozó. La lluvia caía a raudales en la calle. La luz eléctrica parpadeaba a menudo y la bombilla despedía una luz amarillenta, llena de sobresaltos que se irisaban en la vajilla del té.

Amelita secó sus párpados cuidadosamente y encendió un quinqué por precaución.

—El río se ha desbordado.

En efecto, un momento después, la luz se apagó. La claridad del quinqué, comunicó a la estancia una especie de embrujamiento. Se amontonaron en la cabeza de Américo recuerdos infantiles, mezclados a la suavidad del ambiente.

Pensaba también en su madre perdida. Afuera se oyó el ruido producido por un pedazo de muralla que cayó en el fango.

Su imaginación recorría el recuerdo de los suyos y a aquella muchacha la consideraba ahora con un cariño casi filial. La comparaba a su madre, ese algo perdido para siempre. Tuvo un momento de profunda angustia; luego para olvidar un poco sus pensamientos, levantó la cara y halló la de Amelita, llena de lágrimas, pálida y fija como una estampa.

—¿En qué piensa Ud.? —le preguntó tomándole dulcemente las manos. Ella rompió en un sollozo.

—En mi madre.

—¡Qué buena es Ud.!

Y le besó las manos. Primero con un beso profundo; luego con besos entrecortados por los suspiros.

Sintió que una lágrima iba a afluir a sus mejillas. Pensó en lo ridículo que estaría así y se puso en pie. Amelita implorante, le preguntó:

—¿Se va Ud.? La calle está completamente oscuras . . .

Entonces él, volviendo a sentarse, la tomó, la tumbó en sus brazos y la besó largamente, dejándose caer sobre ella de adrede, animalmente, y una mezcla confusa de sorpresa y temor le llenó el ánimo. Amelita besaba con rabia, absorbiendo, escandalosamente. Respiraba ruidosamente bajo su cuerpo, agradeciéndoselo, requiriéndolo, amasando el beso.

Cuando se rehizo, la muchacha agradecida, desvanecida, todavía, esperó otros besos. Y él tuvo que dárselos. Se ahogaba ahora besándola. Y ella gemía. Aquellos besos eran interminables.

Pasaban los días y siempre tenía que dárselos. Ella ardía. El quería negarse. A veces, secretamente, desde una puerta oscura, le llamaba enseñándole los labios para besarle. Era un sacrificio. Ya no charlaban, no conversaban. No había circunloquios agradables; tampoco había reproches. Todo era mudo. Ella buscaba sólo sus besos. El intentó tomarle los senos y ella se los entregó. Luego quiso otras cosas... Pero algo le detuvo a tiempo, en seco, casi horrorizado. ¿A qué perderla? Siempre ella le conducía; pero él no hacía más que lo indispensable para satisfacer su pueril y honda curiosidad sexual. Los ojos de ella brillaban, morían; respiraba fatigosamente a borbotones, con los pulmones llenos, totalmente callada. No quería decirle nada.

Un día, extenuado de su vehemencia, él le preguntó:

—¿Dónde has aprendido todo esto?

Y ella le contestó llena de rubor:

—No lo sé. Me gusta...

Y huyó encandilada.

Parecía que todo aquello no iba a terminar nunca. Pero, súbitamente, Amelita enfermó. La llevaron donde un médico. Habían vuelto las hemorragias. Al principio se pensó que no era grave. Luego un día, tía Lucrecia y Amelita partieron a la capital. Se temía por su vida.

Américo ya no volvió a verla. Al principio se habló mucho de sus dolencias y los pensionistas juzgaban una fineza mantener informaciones acerca de su salud. Tía Fernanda, sola, exprimía las noticias con cierta digna reserva. Se comprendía que la muchacha sufría un mal interior.

—Es histérica —pensaba Américo—. Una histérica pasiva.

Y se felicitaba que toda hubiera concluido sin mayores complicaciones.

Finalmente se supo que tío Enrique se había casado con ella en artículo de muerte, para mantener la promesa. Pero después, inesperadamente, la muchacha mejoró, e iba a ser madre.

Aquella noticia impresionó a Américo. Le tuvo preocupado, le causó dolor. Esperaba que muriese.

Un gran tedio le llenó el alma.

Para distraerse empezó la preparación de una tesis, abrigando la esperanza de que le designaran en un nuevo concurso. Así saldría de allí. Telegrafió, escribió a un amigo de la Universidad, inquirendo detalles. Pero,

desgraciadamente, ya no había probabilidades hasta el año siguiente. Tal noticia le desesperó y creyó que iba a morir de aburrimiento.

Sorpresivamente llegó el verano. El cielo aparecía en las mañanas cubierto de una espesa calina. En la noche, rápidos celajes, cruzaban la atmósfera cargada de electricidad y sobre la cima de los montes, hacia el oriente, se veía, como una gran conflagración, emerger las llamas de un volcán. Un dios oculto parecía manejar los hilos de toda una truculenta escenografía. Poco después todo se llenó de un humo que venía del fondo de las montañas.